

## El humor brutal de Rafael Mendizábal

Pedro VÍllora

Universidad Complutense y  
Real Escuela Superior de Arte Dramático

El escritor de fenómenos sociales como «Mala yerba» o «La abuela echa humo» necesariamente ha de ser considerado un humorista, si bien tengo para mí que, en el fondo, Rafael Mendizábal es un formidable autor dramático cuyo éxito en el género de la comedia ha ocultado el potencial escénico latente en unos dramas que apenas si se han visto representados. Es paradójico porque Mendizábal lleva dos décadas a un ritmo de tres o cuatro escenificaciones cada año, pero lo amplio de su producción hace que todavía queden muchas obras sin estrenar –o, en todo caso, poco representadas-, entre ellas algunas de las mejores: «La casa grande», «Banquetes familiares», «Mis queridos hijos»...

La publicación en curso de sus «Obras completas» prevé un mínimo de dieciséis volúmenes, de los que ya se han editado ocho. El número VI se abre con un texto titulado «Mendizábal y el drama familiar» en el que comento algunas de estas piezas habitualmente consideradas serias, mientras que en el libro «Mendizábal, escrito para gustar», editado con motivo del estreno de «Madre amantísima» en el Centro Cultural de la Villa, me detengo sobre todas las obras estrenadas o editadas hasta 2003, sin distinción de género. Dos autores importantes, Alberto Miralles y Alfonso Vallejo, han prologado asimismo algunos volúmenes de estas «Obras completas» y, como era de prever, han dado claves para el cabal entendimiento de su teatro. Así, Miralles habla de «su peculiar estilo, sencillo, directo, algo venenoso, pero siempre lleno de un gran sentido del humor el cual es, como bien se sabe, el dulce envoltorio que nos permite tragar medicinas amargas». En cuanto a Vallejo, ve la escritura de

Mendizábal como un reflejo de su personalidad: «Lo primero que me sorprendió de Rafael es su sinceridad. Dice lo que piensa, como lo piensa y sin ambages. Con un tono incisivo y, a veces, provocador. También con gracia. Con un sentido del humor agudo y fino. No parece tenerle miedo a nada. Y de ahí, de ese valor y sinceridad, nace, a veces, el carácter polémico, cómico, desenfadado y divertido de sus intervenciones».

Además, Miralles y Vallejo coinciden en señalar la teatralidad de unos textos que tienen la rara virtud de motivar y gustar de inmediato, así como la multiplicidad de temas de actualidad sobre los que Mendizábal es capaz de escribir.

Uno de los formatos teatrales más trabajados por Mendizábal, el monólogo, ha sido precisamente aquel donde ha podido expresar con notoria frecuencia esa variedad temática desde la perspectiva del humor aludida por sus comentaristas. Son numerosos los libros que recogen estas pequeñas piezas: «¡Mujeres! 8 monólogos de mujeres», «Cosas de hombres», «Cosas de mujeres», «Galería de hombres», «Galería de mujeres», «¡¡¡Mujeres!!! Maripositas lindas que jugáis...». Prácticamente todos estos textos se incluyen en el volumen III de las «Obras completas». La dedicación de Mendizábal al monólogo se expresa con otros dos de larga duración, uno cómico -«Tarde, noche y ¡qué madrugada!»- y otro dramático «Me llamo Blume, que quiere decir flor»-, todavía no aparecidos dentro de las «Obras completas».

El material que se ofrece en este libro es en buena medida inédito. Lo son por completo los «Cuentos de la bruja Pirula», así como la mayoría de los «Crímenes horrendos». Entre estos, por cierto, hay cuatro que no son monólogos sino obras de dos personajes como las ya publicadas en «Espectáculo teatral», «Parejas femeninas», «Parejas mixtas» o el citado volumen III de las «Obras completas» que además incluye un apartado específico de «Parejas de hombres».

La obra corta, sea de uno o de dos personajes, es el terreno preferido por Mendizábal para la experimentación en dos sentidos: la condensación y la desmesura, entendida esta última tanto en lo lingüístico como en lo moral. Condensación porque tiende a contar una historia entera y larga en unas pocas líneas; pide la reacción del espectador, generalmente la aquiescencia, tras el relato de unos hechos fundamentados antes en la acción que en la digresión. Desmesura porque se sale de los límites del decoro y fuerza los de la verosimilitud, utiliza un lenguaje bronco y rudo e invita a la empatía y el acuerdo con personajes cuya naturaleza los conduce al mal.

Miralles y Vallejo hacían referencia a lo venenoso y provocador que podía llegar a ser el autor. Es cierto, puesto que estamos hablando de un escritor que, cuando quiere, inocular en la sociedad el veneno de la sinceridad, el acíbar de la provocación. Nos retrata a sus coetáneos con un trazo grueso para dar de nosotros la imagen grotesca y siniestra que intentamos maquillar con la buena educación y las reglas de urbanidad. Pero Mendizábal, en ocasiones como estas, lanza una andanada cruel contra la hipocresía colectiva para lacerarnos con heridas de represión, miedo y ridículo. Sus personajes cometen decenas de atrocidades por placer, por capricho o por necesidad, pero casi siempre indicando de qué medios se ha valido el sistema imperante para convertirlos en los criminales que son. Y no se arrepienten, porque para eso pertenecen a un tiempo capaz de justificar cualquier desviación antes que reconocer que se ha errado.

Rafael Mendizábal nunca ha sido tan brutal como en estas breves piezas, y eso tiene mérito en alguien que abomina de medias tintas y paños calientes. Es tan lógico tildarlas de asociales como admirarlas por desestabilizadoras. Son textos horribles en tanto que procuran horror, repulsión, rechazo ante la perspectiva de un mundo regido por la lujuria, la

codicia, la manipulación y el engaño. Nadie aquí vive la experiencia del amor, la verdad, la bondad o la belleza. La mezquindad y el odio aparecen como las opciones más razonables para desenvolverse en un entorno de permanente resquemor y recelo. La misma conversión de seis cuentos maravillosos en otros tantos delirios de sangre, sudor y semen, es una prueba de la subversión de los valores convencionales acerca de la inocencia, el candor y la ilusión. Pareciera que el autor quisiese prepararnos para una época hedonista y terrible como seguramente es la nuestra.

El exceso procura aquí una carcajada amarga. La risa brota ante la orgía de la corrupción, pero no es una risa cálida sino algo temerosa de que en el fondo tengamos algún que otro punto en común con personajes tan desfasados. Acaso Rafael Mendizábal haya conseguido aquí mostrarnos como puro instinto, como deseo sin encauzar, como torrente de esa voluntad inefable que generalmente domeñamos mediante la sofisticación de un lenguaje tan correcto como artificial. Quizá lo natural sea dejarnos llevar por la sinrazón, dejarnos vencer en el empuje de la ofuscación contra las barreras del lenguaje. Puede que lo horrendo sea más auténtico, más real, que la misma realidad. A lo mejor lo pensamos, sí, pero reímos para olvidar de inmediato que lo hemos pensado. Es lo que tiene el humor brutal de Rafael Mendizábal.

*Madrid, 11 de noviembre de 2007*